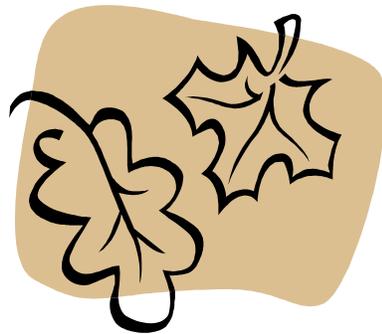

REFLEJOS



DEL PASADO

Andrés sentía mucho frío. Su pequeño y delgado cuerpo tiritaba a tal velocidad que casi parecía que convulsionaba, pero debía de aguantar. La pequeña manta que utilizaba para guarecerse del frío estaba muy mojada por lo que sentado en una roca, indefenso ante el agua, pensaba qué hacer para soportar aquella penosa situación. Cortó unas ramas de retama a modo de cama y una vez tumbado en el lecho, improvisó un pequeño toldo sujetado por sus manos elevadas, que en forma de rezo, desviaba la trayectoria del agua. No sabía cuánto tiempo podría aguantar, sólo pensaba en que aquello terminara cuanto antes.

Después de dos interminables horas de sufrimiento, aparecieron los primeros destellos de luz. Apartó la empapada manta y sacando fuerzas intentó moverse sin éxito. Tenía que hacerlo puesto que empezaba a no sentir los miembros de su cuerpo. Tras varios intentos, logró levantarse y caminar un poco, tenía que reemprender el camino de vuelta a la finca. Le llevaría casi todo el día y no podía perder tiempo, no soportaría otra noche como esa.

Con un fuerte silbido, las cabras empezaron a moverse y reagruparse, pero antes, agarró las ubres de una de ellas y empezó a beber, tenía hambre y ese era el único sustento del que disponía para alimentarse, las escasas provisiones se le habían agotado.

Se sentía febril y no había ni una sola parte de su cuerpo que no le doliese, pero... ya se le pasaría, no era la primera vez que percibía esos síntomas, era cuestión de tiempo, en dos o tres días se curaría, como las otras veces. Las cabras dependían de él, se las tenía que entregar al señor Perico sanas y salvas sino quería quedarse sin trabajo... necesitaba el dinero.

Tuvo que parar a mitad de la mañana a remendarse sus albarcas. Sus pies empezaban a sangrar a causa del mal estado en el que se encontraban y muerto de dolor, decidió emplear una hora en arreglarlas. Todo lo podía aguantar heroicamente, el frío, el hambre, la sed, sus resfriados pero... las heridas de los pies eran insufribles.

Mientras caminaba pensaba, después de un mes en soledad, como estarían sus amigos de la infancia, esa infancia que le fue robada por culpa de las circunstancias que le rodearon. Con tan sólo seis años quedó a cargo de unos pastores del pueblo que se encargaron de llevarle con ellos para enseñarle el oficio de pastor. Hasta entonces, su vida no se puede decir que hubiera sido mucho mejor pero... al menos tenía el cariño de su madre Lucía. ¡Cuánto quería él a su pobre madre!. Le venía a la memoria como ésta bien temprano le montaba en aquel burrito marrón para llevarle por todos los pueblos de la comarca a vender todo tipo de productos... los que se pudieran... aceite, cepillos, jabón, sábanas... Era raro que ese día la guardia civil no terminara llevándola al calabozo y él no acabara en casa de su tía

Demetría, hermana de su padre y tan mala y bruja como él, pero compensaba ya que al día siguiente, terminaba en la calle con sus ganancias aunque no con la escasa mercancía que le quedaba por vender. Dedicarse al estraperlo era su única fuente de ingresos.

Recordaba a su madre como si no hubiera pasado el tiempo. Su escaso cabello rubio le caía hasta la cintura. Sus ojos eran azules como el mar y su piel, aunque curtida por el sol, blanca como la harina. Era la mujer más dulce, sufridora y buena que él había conocido. ¡Como aguantaba las palizas que le pegaba su padre sin protestar!. Tan sólo le pedía que pensara en sus hijos, clemencia para sus hijos... pero el muy hijo de su madre, la quitaba el dinero y se lo jugaba a las cartas o se lo fundía en bebidas. No pedía nada para ella, sólo suplicaba con miedo e insumisión dinero para darles de comer. Pobrecilla, nunca olvidará el día de su muerte cuando desencajada de dolor y con fuertes vómitos intentaba no preocuparle y, agarrada de su mano, exhaló su último suspiro después de dos días en cama con fuertes dolores abdominales. Un cólico miserere dijo el doctor. Al menos dejó de sufrir, si no hubiera muerto de esta enfermedad hubiera fallecido con los numerosos abortos que se le practicaban.

Tan sólo quedaban cerca de dos horas para llegar a la finca de Perico. ¿Se cruzaría con alguno de sus hermanos?. Ellos al igual que él trabajaban

de pastor en diferentes fincas. Antonio tenía dos años más que Andrés y Luis casi cuatro. De vez en cuando venían a visitarle pero el poco rato que pasaban, eran completos desconocidos. Antaño cuando vivían juntos les sucedía igual, su padre les llevó desde muy pequeños con pastores para que aprendieran el oficio y, su madre aunque se opuso, obtuvo a cambio la sordera del oído izquierdo ocasionado por uno de los tantos golpes que le propinaba él.

La finca se divisaba a los lejos y detrás de ésta, como si fuera un decorado, el pueblo. Las casas parecían de postal todas pequeñas y alineadas con las mismas características. De sus chimeneas salía humo negro con diferentes tonos dependiendo de lo que se estuviera cocinando o asando en la lumbre. Ese fue el aviso que le dio su estómago después de tantos días sin comida sólida. Lo primero que haría sería engullir un buen trozo de pan con queso y luego se echaría en la cama hecha de paja que tenía en el establo; ipor fin un techo del que guarecerse!

Cuando iba a entrar las cabras en el establo, vio una silueta que se acercaba hacia él. Era raro, Perico nunca le esperaba despierto; ¿Quién sería?

- ¡De dónde vendrás tan tarde, llevo casi una hora esperándote y tú sin aparecer!

- ¡Padre!, ¿Qué haces aquí?

- No me has contestado.
- Se me rompieron las albarcas y tuve que arreglar...
- Me da lo mismo lo que te haya pasado. ¡Dame el dinero!
- Todavía no he visto al señor Perico. Mañana pásate y te lo daré.

Agarrándole de una oreja lo llevó hacia la puerta de la casa del dueño y le obligó a exigir sus ganancias.

- ¡Suéltame!, ¿es que no tienes sentimientos?. Llevo un mes en la sierra y ¿es así como me recibes?.
- ¡Vergüenza tenía que darte contestar así a tu padre!. Me debes la vida y tendrías que agradecerme todo lo que he hecho por vosotros.
- Nunca pensé que llegaras a ser tan hipócrita pero, ya que has mencionado tus grandes esfuerzos por sacarnos adelante, te diré que desde que no vivo contigo soy más feliz.
- Su padre viendo su resistencia, le asestó un puñetazo en la cara que lo impulsó hacia la puerta de Perico. Éste al oír el gran estruendo, salió a ver lo que sucedía.
- ¡Faustino!, ¿tú por aquí?, ¡fuera de mi propiedad o llamo a las autoridades!.
- ¡Perico no te metas!, esto es entre mi hijo y yo.

- Aquí no hay ningún hijo tuyo. Padre es aquel que se preocupa del bienestar de sus pequeños procurando que no les falte de nada y tú, lejos de cuidarlos los echaste a la calle para explotarlos y vivir de ellos... ¡Fuera!
- ¡Esto no se quedará así!

Andrés miraba a su padre con tal desprecio que de sus ojos no emanaban lágrimas sino ira y venganza.

- ¡No vuelvas por aquí padre!. Te hubiera dado el dinero si hubieras esperado. Sabes de sobra que soy mejor persona que tú. Desde hoy no vuelvas a cruzarte en mi camino o te juro por mi madre que si vuelves a molestarme... te mato.

Faustino se dio media vuelta relatando improperios hacia su hijo. Andrés no volvió a verle hasta el día de la boda de su hermano Antonio. A partir de ese día, reanudaron una fría relación que se limitaba a coincidir en algún evento. Éste nunca ocultó sus sentimientos hacia su padre, de tal manera que cuando murió, él a diferencia de sus hermanos, no acudió a su entierro.

- Gracias Perico. Sin ti no sé lo que hubiera hecho.
- No hay de qué y ahora, vete a dormir que estarás muy cansado. Mañana hablaremos.

De camino al establo, Andrés pensaba en todos los malos momentos que había vivido con su padre. No olvidaría nunca el hambre que habían pasado en su infancia y como éste llegaba a casa con comida sólo para él. La engullía delante de ellos sin piedad, regocijándose de la cara que ponían esperando las sobras que nunca llegaban. Recordaba las palizas que le daba a su madre por tonterías, por el poco dinero que había ganado, miradas a otros hombres, que tarde volvía de trabajar, que arreglada... nunca estaba contento con lo que hacía, siempre había una excusa para descargar sus problemas sobre ella. ¡Le odiaba!

En su lecho en el establo, antes de dormir, pensaba en lo feliz que sería con su novia Julia. Bueno, todavía no se había declarado. Hacía tiempo que la había echado el ojo. Era del pueblo y bastante mona, morena con el pelo rizado, entradita en carnes como a él le gustaba y con mucho, mucho desparpajo, no la dejaría escapar. -¡A mi Julia nunca le faltará de nada!, pensaba, aunque tenga que trabajar día y noche. Vivirá como una reina y mis futuros hijos como príncipes. Ellos sólo se preocuparán de estudiar, del dinero de la casa me ocuparé yo, -imaginaba mientras iba poco a poco quedándose dormido, lo que no pensaba es que este dulce sueño se amargaría al hacerse realidad.

Esta pobre criatura de doce años iba creciendo en condiciones infrahumanas. Trabajó de pastor hasta los veinticuatro, aunque dos de esos años estuvo en Toledo haciendo la mili, sus mejores momentos. Aprendió a leer y escribir sin problemas gracias a un compañero de oficio que le enseñaba en sus ratos libres. Consiguió a base de perseverancia que Julia fuera su novia más bien por pesado y por insistencia del padre de ésta, que por el interés que realmente despertaba este chico en ella.

Fue un noviazgo largo, pero el ansia de Andrés por ganar dinero les dejaba poco tiempo para estar juntos. Él pasaba largas temporadas en la sierra y ella trabajaba haciendo alfombras en el pueblo. A esto se unía el que el padre de Julia no les dejaba a penas tiempo para estar solos. Cuando llegaron al matrimonio eran dos completos desconocidos.

Andrés encontró en ella la familia que él nunca tuvo, la sobreprotegió y cuidó tanto, que sin querer, cometió fallos muy similares a los de su padre. Su amor fue tan obsesivo que empezó a agobiarla. No quería compartirla con nadie. Le molestaba que saliera sin él, que mirara a otros hombres, que se pintara...ese miedo constante a que se enamorara de otro, desequilibró su matrimonio.

Ni siquiera la paternidad de dos niñas cambió su actitud. Las prohibiciones eran cada vez más absurdas y Julia harta de esta situación empezó a revelarse. No podía ir y hacer nada sin que su marido desconfiase.

Era una situación asfixiante. Decidió revelarse, y a los insultos y gritos por parte de ambos, vinieron las palizas que Andrés la propinaba. Después venía el arrepentimiento, la angustia y la frustración que ahogaba con el alcohol. Éste le producía agresividad que lejos de solucionar los problemas, los agravaba.

Andrés terminó abandonado por su mujer. Él que había luchado tanto por vivir una vida digna, cayó en la miseria de su padre. Se hundió a tales niveles que pensó varias veces en el suicidio pero su orgullo y cobardía, frenaron esos impulsos. Reconoció en parte sus errores, se dejó llevar por la "buena vida", juegos, bebida, mujeres... sin cuidar todo lo que con tanto esfuerzo había conseguido...

Actualmente mi padre tiene cincuenta y nueve años. Sigue solo aunque de vez en cuando sus hijas le vamos a visitar. Tiene dos nietas pequeñas que le sacan de su soledad y... de sus casillas. Se lamenta de los pocos momentos de felicidad que ha tenido y reconoce, aunque le cuesta, sus fallos, sus enormes fallos. Carece de habilidades sociales, dice todo lo que piensa sin importarle si hace daño o no. Esto le trae muchos problemas ya que la gente no está acostumbrada a críticas tan duras, pero además es tan tozudo que siempre cree estar en posesión de la verdad, por lo demás... tiene un corazón de oro.

Sus hijas nos preguntamos muy frecuentemente si mi padre ha sido fruto del ambiente, según teorías conductistas "somos lo que el ambiente hace de nosotros" o fruto de la herencia "en el embrión está contenido todo lo que el individuo será en el futuro". Nosotras pensamos que ambos factores interactuaron dando como resultado una persona asocial, desequilibrada pero en nuestro caso, con muy buenos sentimientos... se siente un ser incomprendido en la época que le ha tocado vivir.

Es difícil analizar las causas que llevan a las personas a hacer daño y hacérselo a sí mismo, pero si miramos detrás de ellos, su pasado, podemos llegar a encontrar los motivos que provocan sus acciones. No los justificamos, en absoluto, tan solo encontramos "culpables", gente sin sentimientos que engendran hijos para luego abandonarlos a su suerte .Su instinto es la supervivencia. ¡Pobre criaturas!